

LA “MARCA” CATALUÑA: MEMORIAS PÚBLICAS Y MEMORIAS PRIVADAS DE “LO CATALÁN” EN PONCE

The Cataluña Brand in a 19th century Puerto Rican city: urban memory and family remembrancesh

Silvia Álvarez Curbelo

Universidad de Puerto Rico (Puerto Rico)

Esta ponencia explora la emergencia de una marca cultural en Ponce, Puerto Rico, en la medida en que a lo largo del siglo XIX, inmigrantes provenientes de Cataluña tuvieron un efecto profundo sobre el perfil urbanístico de la ciudad y los matrimonios con criollos generaron nuevas identidades y memorias conjuntas.

Palabras clave

Memorias públicas, memorias familiares, historia urbana, inmigrantes catalanes en Puerto Rico, marca cultural

This paper explores the emergence of a cultural brand in Ponce, a Puerto Rican city, as the arrival and integration of immigrants from Cataluña during the 19th century had a profound effect on the city's urban profile and intermarriage with Creoles generated new identities and joint memories.

Keywords

Public memory, family memories, Catalanian migrations to Puerto Rico, urban history, cultural branding

1. Introducción

Este trabajo de marcado carácter exploratorio identifica líneas de investigación en torno a la constitución de lo que denomino la “marca” Cataluña en Ponce, Puerto Rico y plantea el rol de la memoria pública y las memorias privadas en la recuperación de la “marca”.

2. La “marca” Cataluña en el siglo XIX

Un relato breve: cuando en 1809 el cabildo de San Juan, por gestión particular del alcalde ordinario Pedro Yrizarri, remite a Ramón Power, nuestro primer diputado a Cortes, las instrucciones que a nombre de la corporación habría de presentar en España, hay una mención muy puntual sobre los catalanes. Pide el cabildo capitalino que se prohíba la entrada de más catalanes a Puerto Rico. Se aduce, en pocas palabras, que no dejan nada permanente, que sólo saben mover dinero. Esto es a principios de siglo. Un rápido desplazamiento a la última década de la centuria y tenemos a Luis Muñoz Rivera, el patricio liberal y que había hecho de Ponce su lugar de vida y trabajo, identificando en Cataluña un modelo de cultura política que la ciudad del sur debía adoptar. Decía así: «En Barcelona se creará muy pronto una Junta de Defensa catalana, en la que han de tener representación todos los partidos y todos los gremios, para defender los intereses de Cataluña, por encima de cualquier otro interés social o político. Me gustan ¿a qué negarlo?, estas energías regionales. ¿Cuándo tendrá Ponce su junta de defensa puertorriqueña? Cualquiera día ¿no es verdad?» (La Democracia, “España a veinte días”, 12 de agosto de 1895).

Asumiendo plenamente el anacronismo, hago uso del concepto contemporáneo de “marca” para significar la imagen pública que se articula durante el siglo XIX en Puerto Rico, y con especificidad en Ponce, en torno a “lo catalán”. Durante el siglo dicha “marca” habría pasado de ser sinónimo casi de “judíos” (excusas por la incorrección política) para tornarse en parámetro de cultura política, por no decir de gustos urbanos, y destino frecuente de las élites puertorriqueñas. El mismo Muñoz Rivera llegó a decir que aunque Ponce era «la más puertorriqueña de nuestras ciudades», los ricos de la ciudad preferían pasear en carruaje por Las Ramblas. Sin embargo, el giro nunca fue completo. Cierta reticencia frente a lo catalán permaneció soterrada. En Ponce circulaba un refrán que se le atribuía o bien a un esclavo o bien a un liberto: «¡Dios mío. Quién fuera blanco aunque fuese catalán!»

¿Cuándo comienza a articularse pública y positivamente una “marca” distinta? Antes como aho-

ra, una marca es un agregado de valores en el que subyace un proceso de capitalización económica, social, política y cultural que en paralelo se codifica simbólicamente. La base de la argumentación de Naomi Klein, la teórica más reconocida del concepto, es que las marcas representan un gran porcentaje del valor de las compañías y que, progresivamente, son la fuente más grande de sus utilidades (Northcote, 2001: 29-36). Nada nuevo bajo el sol. En el tema que presento, en la medida en que actividades asociadas a “lo catalán” se factorizan y mercadean con mayor protagonismo en procesos sociales amplios, las cargas simbólicas aumentan, el poder de la referencia es mayor.

Con relación a la marca Cataluña la cotización en alza despegó en el período de capitalización acelerada del azúcar a partir de la Cédula de Gracias de 1815 y que se extendió, años más, años menos, hasta 1840. Recientemente, Fernando Picó (2012) ha confirmado la importancia económica de capitales catalanes en el despegue de la economía cañera en el sur. En su libro *Ponce y los rostros rayados: Sociedad y Esclavitud 1800-1830*, que se agrega a una bibliografía muy rica que incluye los trabajos de Francisco Scarano, Sonnesson, Ramos Mattei y otros sobre el tema, Picó confirma el estereotipo del catalán en nuestra historiografía: «un hombre dedicado al comercio y al prestamismo» (p. 43) pero a renglón seguido dice que «hubo otros catalanes que en mayor o menor grado contribuyeron al desarrollo poncheño» (p. 43).

Aunque conserva un trasfondo crematístico, el prototipo normalizado del catalán responde a su presencia económica e institucional creciente en un pueblo y su entorno que era objeto de la admiración del Secretario de Gobierno Pedro Tomás de Córdova para la década de los 1830. Como parte de esa vorágine de inversiones en el azúcar esclavista, Guillermo Baralt, ha investigado a la icónica Hacienda Buena Vista y a su dueño, alcalde de Ponce para la década de 1840, el catalán Salvador Vives. Hoy, convertida en patrimonio protegido por el Fideicomiso de Conservación, la hacienda constituye un paisaje sanitizado de la memoria pública que abona, para bien o para mal, al mito de la Arcadia decimonónica de la gran familia puertorriqueña. Apenas se distinguen sus infames barracones ni los principales destinatarios de la harina de maíz que allí se producía.

A lo largo del siglo, el desarrollo de la economía del sur y de su centro urbano, Ponce, va a estar ligado de manera directa o indirecta a la incorporación estratégica de capitales catalanes en la agricultura, el comercio y la industria. A partir de esa plataforma se desencadenan en ocasiones, en otras se refuerzan procesos de arraigo, de institucionalización, de socialización y de simbolización que fijan la marca.

Para algunos puede resultar interesante el hecho de que el periodismo ponceño nace de manos de un grupo de catalanes entre los cuales figuran Felipe Conde, Benito Vilardell, Augusto Pasarell Milá, quienes fundan *El Ponceño* un semanario que, a pesar de sólo durar dos años (1852-1854), es una fuente de primer orden para recuperar el contorno cambiante de la ciudad y la vida cotidiana del Ponce de mediados de siglo.

**«A lo largo del siglo,
el desarrollo de la economía del
sur y de su centro urbano, Ponce,
va a estar ligado de manera
directa o indirecta a la
incorporación estratégica
de capitales catalanes»**

3. La “marca” como croquis urbano

En Barcelona, la ciudad es la calle.

(Jordi Borja)

Propongo dos lógicas de constitución de la marca Cataluña en Ponce: traza urbana y arquitectura, y el protagonismo socio-demográfico. La primera se plasma en una memoria pública tangible de calles, casas, edificios institucionales, documentada, presencial en muchas de sus expresiones, con pérdidas notables pero rescatada en acopios importantes realizado por varios académicos, entre ellos, el planificador Aníbal Sepúlveda Rivera y el arquitecto Jorge Rigau, y en proyectos como Ponce en Marcha y el Archivo de Arquitectura y Construcción de la Universidad de Puerto Rico. Su producto más notable es una ciudad con una particular huella y talante.

En 1820, Ponce arde. Una tercera parte de sus habitantes quedan sin techo, más de cien casas son pasto de las llamas. A pesar de los augurios pesimistas de algunos, la ciudad renace y en 1848 queda designada villa. Bajo la alcaldía del catalán Salvador Vives, Ponce ya cuenta con 17.481 almas. Al morir inesperadamente, José Ortiz de la Renta, su primer alcalde constitucional allá por 1812, toma nuevamente las riendas del municipio como había hecho en tantas otras ocasiones. De esos años hacia la mitad de la década de 1840, se intensifica la voluntad urbanística que alcanza su maduración vein-

ticino años más tarde cuando, a tono con la política de ordenamiento urbano que se promulga para la península y los territorios de Ultramar, la ciudad asume su forma fundamentalmente catalana.

El arquitecto Javier Bonnin Orozco me comentó en una ocasión que «a Ponce la hicieron los extranjeros»¹. Contrapunto sugerente con el aserto de Muñoz Rivera sobre “la puertorriqueñidad” de Ponce y que remite a esa trama de identidades que forma parte integral a la condición puertorriqueña hasta nuestros días. Aquí no la vamos a dilucidar pero sí viene a cuento porque el primer anclaje de la marca Cataluña tiene que ver con la manera en que se esbozó, construyó y representó una traza urbana en momentos de intensa consolidación demográfica de cepas peninsulares, criollos viejos e inmigrantes de otras latitudes, desde venezolanos hasta holandeses, alemanes, franceses e ingleses.

En cualquier investigación de este primer elemento de la “marca” es menester recalcar en la figura de Félix Vidal D’Ors y sus chaflanes, que han migrado con él. 1867 fue un año calamitoso para Puerto Rico. En un trabajo anterior, *Un país del porvenir* (2001), he elaborado sobre ese catálogo de desgracias públicas que incluyó un huracán, una secuencia de temblores de tierra, subidas de impuestos, depresión de precios agrícolas hasta el punto que al pueblo le dio por llamar al gobernador Marchesi el “gobernador calamidades”, por lo mucho y lo seguido. En España las cosas no iban mucho mejor. La monarquía isabelina daba sus últimos estertores. Pero en las cosas del reino la lógica es una de las grandes ausentes y debemos señalar que en cuanto a urbanismo, 1867 fue un año clave para la colonia de ultramar. Se recibió de Madrid la Real Orden que mandataba la «elaboración de planos de nueva alineación y plano modelo a que deben sujetarse los planos en consulta de las alineaciones de las calles y plazas, que pretendía uniformar», de acuerdo a las pautas urbanísticas racionales de la época, los trazados urbanos.

El planificador e historiador urbano, Aníbal Sepúlveda Rivera, ha hecho una prolija descripción del proceso de cumplimiento del decreto en Puerto Rico. Identifica los planos y expedientes conservados en el Archivo General de Puerto Rico, que son 16, y que constituyen el primer juego sistemático de planos urbanos en la isla; identifica también 4 que se sabe que existieron pero que no han sido localizados y otros casos en que municipalidades aportaron datos del proceso pero nunca concluyeron sus Planes de Alineación. Entre estos últimos se encuentra Ponce, que había aducido que debido a

¹ Entrevista personal al Arq. Javier Bonnin Orozco, 7 de junio de 2004.

lo desastroso del año no podría acometer el proceso de alineación.

Lo particular del caso es que dos años después de la puesta en marcha del real decreto, milagrosamente, el ingeniero catalán y Ayudante de Obras Públicas de la ciudad, Félix Vidal D'Ors, rubrica una normativa *ad hoc* de urbanismo para Ponce, sustraída del modelo genérico enviado por Madrid. Sepúlveda Rivera incluye en su monumental *Atlas Histórico de la Ciudad Puertorriqueña* (2005) reproducciones de dos planos que muestran «la clara influencia del plan de Barcelona de IldelfonsoCerdá» y en los que Vidal D'Ors incorpora el signo por excelencia de la traza urbana de Ponce: las esquinas achaflanadas que configuran una tipología de encrucijada única en Puerto Rico.

Sobre el chaflán, quiero significar dos datos: uno académico, el arquitecto Jorge Rigau ha escrito un maravilloso ensayo sobre esas esquinas recortadas en el que el chaflán emerge como una seña de la madurez de la ciudad del sur como entidad moderna; el otro dato proviene de la cultura popular. Cuando en Puerto Rico, no sólo en Ponce, se habla de alguien que va muy rápido, se dice “va a las millas de chaflán”.

4. La “marca” como fachada

Los chaflanes y la secuencia de encrucijadas y plazas que distinguen la traza urbana del Ponce del último tercio del siglo XIX, roturaron un perímetro considerable de la ciudad en el que se edificaron una serie de residencias de prestigio y otras como en el Ensanche Mariani, que pretendían serlo. Como toda élite decimonónica en una sociedad con fragilidad estructural, la élite ponceña se asentó sobre la defensa, conservación y acrecentamiento de sus bienes materiales. Pero la prosperidad material no fue la única preocupación de la élite ponceña. El establecimiento y conservación del prestigio como un índice de pertenencia que podía, en momentos dados, suplir deficiencias económicas, ocupó a las familias a lo largo de procesos significativos de tránsito cultural y social.

La compulsión por el prestigio requirió de estrategias diversas. Involucró, en primer lugar, el fortalecimiento de alianzas familiares y comerciales pero también la adopción de mores culturales y sociales y de estilos de vida, la erección de instituciones, y la edificación de residencias que testimoniaran la pertenencia al grupo, señalaran la diferencia frente a los otros y reforzaran la identificación de la élite con la ciudad.

Dentro de estos rituales destinados a articular y conservar prestigio, el diseño y construcción de residencias monumentales ocupó a esta élite en los

años finales del XIX y los comienzos del siglo XX. Las casas de la élite ponceña constituyeron una poderosa iconografía del poder del grupo y de la gestualidad y el tono asumidos por la ciudad. El perímetro central de la ciudad de Ponce flanqueado por las calles Cristina, Isabel, Mayor, Salud se constituyó en un espacio concentrado de poder al contener las principales casas de la ciudad y varios de sus edificios más emblemáticos.

«En las décadas postreras del XIX y los inicios del próximo, arquitectos e ingenieros catalanes o que habían estudiado en Barcelona, dotarán a Ponce de un inventario de grandes residencias»

En las décadas postreras del XIX y los inicios del próximo, arquitectos e ingenieros catalanes o que habían estudiado en Barcelona, dotarán a Ponce de un inventario de grandes residencias, construirán las infraestructuras de la modernidad y persistirán en una matriz catalana para la ciudad hasta que otras gramáticas irrumpían y se planteen negociaciones insoslayables.

5. La “marca” como álbum de familia

Sobre la segunda lógica –la urdimbre social y demográfica– contamos con una investigación fundacional: el trabajo prosopográfico de Estela Cifre de Loubriel; con las historias de Ponce escritas entre otros por Neumann, Fortuño Janeiro, Mayoral Barnés, Ramón Marín, Vidal Armstrong, Girón y otros; con varios estupendos trabajos de historia socio-económica y de historia cultural que indirectamente asisten a perfilar una biografía colectiva de los catalanes domiciliados en el sur en el siglo XIX, con documentación parroquial y civil variada y con ese tesoro incotizable que son las memorias familiares privadas.

Aventuro algunos comentarios sobre las memorias privadas. Si los siglos de la modernidad –el XIX y el XX– se distinguieron en Europa, Estados Unidos y

América Latina por levantar las instituciones y representaciones fundamentales de la memoria pública, el siglo XXI –en el que se revisitan y cuestionan esas gestiones de poder y saber–, parece relegitimar las memorias privadas, incluso como materia prima preferente para recomponer relatos socio-culturales. Debo aclarar que no se trata de una acción sustitutiva. Producir lugares y narrativas de memoria pública sigue siendo una gestión viva de los estados². Pensemos como ejemplo reciente, el espectáculo de la ceremonia inaugural de las Olimpiadas del 2012 celebradas en Londres. Estéticamente impecable, se trató de un operativo de recuperación y reconocimiento complejo que exhibe todavía anclajes en la memoria social latente, aún cuando sus relatos e imágenes atravesadas fuertemente por lógicas del entretenimiento, de consumos mediáticos y del mercado de las nostalgias³.

Lo que quiero puntualizar con la visibilidad en aumento de las memorias privadas es que comparten con las públicas un mismo umbral de riesgo. No es ocioso conjeturar la vinculación de las memorias privadas a la propia privatización neoliberal de las vidas, al vaciamiento de las adherencias a lugares natales a causa de la globalización, al surgimiento de industrias de la nostalgia y otras variables⁴. Los *ancestry.com* y otras plataformas de búsqueda genealógica se han convertido en una moda muy lucrativa.

²El peso decreciente en la producción de memoria pública de corte moderno por parte del estado en Puerto Rico no es el tema que nos ocupa pero constituye un cierto punto de partida. Su fragilización puede achacarse a dinámicas de corte político-partidista que mantienen contenciosos sobre el tema identitario y que afecta las políticas públicas de cultura y educación y, claro está, la insolvencia económica, que sobredetermina las prioridades de gasto público. También a factores reconocibles en otras geografías como son la devaluación de las historias natales, de los proceratos, inventarios de imágenes globales y desarraigos territoriales tradicionales a favor de territorializaciones virtuales, etc. Es materia, por supuesto, para otras investigaciones.

³A diferencia del caso de Londres, advierto en Puerto Rico mayores signos de borradura, de sustitución “made in China” y de escasa generación de nuevos productos de memoria que vayan más allá de la caricatura: por ejemplo, el Museo de Vida Silvestre en San Juan o el –ahora en bancarrota– Museo de los Dinosaurios en convivencia humana gestionada por el iglesia fundamentalista, Fuente de Agua Viva.

⁴En su importante texto, *En busca del futuro perdido*, Andreas Huyssen (2000) plantea la cohabitación en nuestros días de una vigorosa cultura de la memoria con una igualmente insistente de una cultura del olvido. Remitido a Freud en eso de que «la memoria es una forma de olvido y el olvido, una forma de memoria», Huyssen aconseja no caer en el debate fútil entre una memoria seria y otra cuajada desde el mercado y los medios. De escasa utilidad también es –añado yo– adjudicar mayor o menor valor a las memorias por razón de ser públicas o privadas, aún cuando sus perfiles, destinatarios y formas difieran. El interés de Huyssen se inclina más a la función de la memoria como recuperadora del futuro, un tiempo, para él, escamoteado en nuestros días por el desborde y exceso de presente.

Sin embargo, para esta presentación, las memorias privadas se presentan en su formato más discreto aunque más frágil: el de los patrimonios familiares (oralidades, fotos, cartas, diarios) que permanecen ignotos y en casos muy frecuentes corren peligro de extinción. El acceso a estas memorias privadas es un eje fundamental para reconstituir el proceso de configuración de la “marca” Cataluña.

Es el concepto de ancestralidad, insoslayable en las historias genealógicas, el que organiza de sentido la obra que hace cuatro décadas acometió Estela Cifre de Loubriel y cuyos frutos son una serie de volúmenes que documentan importantes tránsitos migratorios y demográficos en el siglo XIX en Puerto Rico. Para la historiadora, la ancestralidad es «la base de la identidad familiar tanto como colectiva» (Introducción). Por la línea que el historiador y periodista Salvador Brau inaugurara en el último tercio del siglo XIX, Cifre valora que «en este siglo, en que ocurre una inmigración masiva, es que se forma definitivamente el pueblo puertorriqueño» (p.13).

El perfil general de la inmigración catalana a Puerto Rico descrito en su texto *La formación del pueblo puertorriqueño: la contribución de los catalanes, balearicos y valencianos* exhibe unos rasgos constitutivos: el policlasismo, el desfase hombres-mujeres (94%) lo que va a alentar los matrimonios interétnicos y con criollas (típica fórmula ponceña para reproducir a sus élites), variedad de procedencias aunque la mayoría provienen de pueblos costeros y se asientan en localidades costeras, más urbana que rural, pocos desertores y presidiarios, vinculación de algún peso con las artes y la cultura, incluyendo el periodismo (64 fichas de un total de 2.160 biografías acopiadas registran profesiones en esos ramos), muchos comerciantes y muchos soldados.

Uno de estos, Narciso Vilaró Batallé, llegó a Ponce. Hay dos versiones, en una lo trae un tío; otra, lo ubica como una de tantos infelices quintos destinados a la primera guerra de Cuba que se peleó entre 1868 y 1878. De lo que estamos seguros es que llegó a Ponce y ahí se quedó. El factor que trastornó el destino del natural de Girona (donde prácticamente todos los varones se llamaban Narciso por el santo patrono), y que probablemente habría sido la fiebre amarilla o un disparo de algún mambí si adoptamos la versión de que fue un quinto, fue un saber particular. Narciso era cobrero; por saber soldar dejó de ser soldado. Ponce estaba ávido de buenos soldadores para fabricar los alambiques que requería una vigorosa industria de alcoholes (tanto etílicos como licores). Narciso no sabía leer ni escribir, tampoco hacer cuentas. Eso no fue impedimento alguno para enamorarse por encima de su estación social. Poco después se casó con Joaquina Batlle Campos, hija de los dueños catalanes de una panadería. Ella sí sabía leer, escribir y hacer cuentas.

Muy pronto, el fabricante de alambiques empezó a fabricar sus propias líneas de ron con las melazas que le compraba a los hacendados del lugar, entre ellos, a los de La Restaurada, una de las más importantes. Años más tarde, uno de sus hijos, Joaquín se casaría con la hija de Don Desiderio Canals y María Arribas, quienes habían heredado la hacienda. Uno de los hijos de Joaquín, Narciso, fue el que me testimonió esta memoria privada, que como todas está intervenida por hiatos, lapsus, biografías colapsadas, silencios, donde las fronteras entre un pariente y otro se difuminan mientras más vetustas son y menos corroboraciones documentales hay pero donde con no poco sentido mágico emerge un cronotopo único que es la memoria recobrada.

6. Conclusión

Ponce se asienta sobre una red subterránea de vidas que se mantuvieron en tránsito físicos, legales, comerciales y en tránsito de afectos y pertenencias con una Cataluña a donde muchos ansiaban regresar. El mismo Narciso, el cobrero, regresó a Barcelona con su mujer y algunos de los hijos. Dejó al mayor Juanito y a un sobrino, Baldomero, a cargo de la licorería. Compró un piso en pleno centro modernista de Barcelona en la primera década del siglo XX y se dispuso a disfrutar de sus rentas. No pudo hacerlo. Las cuentas del negocio ponceño empezaron a escasear y el patriarca volvió a Puerto

Rico a enfrentar una crisis doble en la economía de la empresa y en las relaciones familiares.

Otras memorias tienen desenlaces más felices pero sea cual sea el caso, la "marca" de tribu queda inscrita. Una especie de carimbo, una de cuyas caras es Ponce y la otra, Cataluña. Pienso que "lo catalán" en Ponce es una práctica de significación y memoria que emerge de la fusión inestable pero inevitable de esos dos mitos -Ponce y Cataluña- que se activan cuando cruzamos la esquina achaflanada, distinguimos las líneas preciosistas de una casa de entre siglos o escudriñamos, con alguna lágrima furtiva, la vieja foto familiar.

Fuentes y bibliografía

- Álvarez, S. (2001). *Un país del porvenir: El afán de modernidad en Puerto Rico (siglo XIX)*. Puerto Rico: Ed. Callejón.
- Cifre de Loubriel, E. (1975). *La formación del pueblo puertorriqueño: la contribución de los catalanes, baleáricos y valencianos*. Puerto Rico: Instituto de Cultura Puertorriqueña.
- Huyssen, A. (2000). *En busca del futuro perdido*. México: FCE.
- La Democracia (1895). "España a veinte días", 12 de agosto.
- Northcote, H. G. (2001). Las marcas y los cruciales retos del siglo XXI. *Pharos*, 2 (8), 29-36.
- Picó, F. (2012). *Ponce y los rostros rayados: Sociedad y Esclavitud 1800-1830*. Puerto Rico: Huracán.
- Sepúlveda, A. (2005). *Puerto Rico urbano: Atlas histórico de la ciudad puertorriqueña*. San Juan: Centro de Investigaciones Carimar.